

Aportaciones a una antropología de la unicidad

JAVIER BARRACA MAIRAL

*Editorial Dykinson, Madrid
2018, 188 págs.*



En la actualidad, la innovación tecnológica y la transformación digital prometen resolver los problemas de personas y organizaciones. En un escenario socioeconómico influido por la idea innovación, las organizaciones buscan transformar sus hábitos y la *transformación digital* -el uso de la tecnología para mejorar radicalmente el rendimiento o el alcance de las empresas- es un tema de crucial actualidad. Los ejecutivos de todas las industrias a lo largo de todo el mundo están utilizando avances digitales como la analítica, la movilidad, las redes sociales y los dispositivos inteligentes para cambiar las relaciones con los clientes, los procesos internos y la generación de va-

lor. Estos acontecimientos están obligando a tomar decisiones que suponen renunciar a un determinado estado de cosas, decisiones que, como veremos, dependen de un *marco moral antropológico* que las determina.

A pesar del optimismo tecnológico y sus promesas de crecimiento, vivimos en una situación de incertidumbre, una incertidumbre estructurada como un patrón constante. Muchos de los análisis de periodistas, medios de comunicación, revistas

especializadas y programas de investigación no ponen el foco de atención en lo propiamente humano. Y esto es especialmente relevante cuando la tecnología y la innovación generan un entorno competitivo que puede llevar a las organizaciones a su desaparición, y a las personas a la pérdida de su puesto de trabajo. Las nuevas tecnologías de la automatización, como el aprendizaje automático y la innovación en robótica -que desempeñan un papel cada vez más importante en la vida cotidiana- tienen un efecto potencial en mundo laboral que sí se está convirtiendo en un foco importante de investigación y preocupación pública. Labores administrativas y de oficina, manufacturas y cadenas de montaje son empleos en situación de riesgo, y el trabajo se abre a nuevas formas de despersonalización que hacen difícil la búsqueda de la felicidad mediante la *vocación personal*. En este entorno cabe entonces preguntarse ¿qué tipo de valores dominan en nuestras sociedades? ¿cuáles son los valores que el sujeto humano tiene interiorizados a través de hábitos? ¿cómo afectan los cambios tecnológicos a un ser humano cuyos fundamentos antropológicos parecen estar en proceso de transición, en situación de indeterminación o simplemente los desconocemos?

Particularmente relevante es el nuevo concepto de lo humano que se está construyendo paralelamente al desarrollo de las tecnologías de la automatización. El *transhumanismo* promete potenciar y mejorar la condición humana mediante los avances tecnológicos. Igual que podemos transformar para mejorar tecnológicamente a las organizaciones, aumentando su eficiencia y potencial, así podemos mejorar tecnológicamente la condición humana. Pero esta transformación nos alcanza especialmente porque la fragilidad es un testimonio de nuestro ser, y el transhumanismo se niega a aceptar las limitaciones tradicionales como la muerte, el sufrimiento y otras debilidades biológicas. ¿Es la transformación tecnológica la condición para alcanzar la felicidad del ser humano? ¿qué presupuestos morales esconden la supuesta mejora y perfección de lo humano? El transhumanismo, una posición filosófica marcadamente individual, parece ser un testimonio antropológico de lo que Javier Barraca llama “las sociedades postmodernas, consumistas y materialistas, que exhiben un auténtico pánico o terror ante cualquier forma o signo de sufrimiento, desde un hedonismo extremo; sin embargo, al tiempo, promueven una competitividad furiosa de signo individualista, sobre el voluntarista modelo del *self made man*, que no ahorra sacrificios con tal de alcanzar el triunfo profesional, material y social” (pg. 172).

En este contexto, lo económico y lo tecnológico se vincula a lo social, que es el ámbito en el que los seres humanos desarrollan su personalidad; “lo económico no existe desgajado del ser humano y sus relaciones, ni es una parcela independiente o aislada del resto de nuestra convivencia” (pg. 138). Con esta frase, empezamos a

preguntarnos por el sentido de las distintas dimensiones y productos de lo humano, su carácter relacional e interdependiente. Lo tecnológico puede dar soluciones a los problemas que se mueven en el ámbito de lo lógico-matemático pero, cuando hablamos de lo humano, los algoritmos no pueden darnos respuestas categóricas o soluciones lógicas. Y si lo económico-tecnológico se relaciona con lo humano-personal, no siempre se podrán seguir algoritmos lógicos, sino que se abre un espacio -el espacio de la toma de decisiones- donde aparecen la responsabilidad, la voluntad y, en definitiva, la libertad. Y es que “el ser humano al vivir pone en juego su razón e intimidad, si bien éstas operan sobre elementos a menudo previos e incluso pre-conscientes, pero que no anulan del todo su naturaleza. Por ello, el ser humano ha de ser básicamente responsable de sus actos, en la medida en que participen más o menos de la libertad” (pg. 53).

Con sus *Aportaciones a una antropología de la unicidad* el profesor Javier Barraca Mairal nos ofrece una antropología humanista que permite abordar las distintas dimensiones de lo humano; su dignidad personal, las características de su racionalidad, los procesos de socialización, los problemas actuales de la cultura, las bases humanistas de la comunicación, la dimensión humana del emprendimiento, la creatividad y el anhelo de sentido. Su antropología nos permite establecer una distancia crítica respecto a las ilusiones y profecías de algunos gurús de la tecnología, y nos ayuda a tomar las riendas de nosotros mismos sin las ensoñaciones de la tecnocracia. Si la antropología constituye una ciencia fundamental, es decir “no hay nada más primordial para el hombre que la antropología” (ibíd., 19), su visión humanista permitirá superar las tesis reduccionistas que nos llevan a formas deterministas de pensar; aquellas que eliminan la responsabilidad individual, ya sea en la forma de determinismo tecnológico o de materialismo eliminacionista. Frente a una visión sesgada y parcial del ser humano “como pura materia o pura psique, total determinación o total libertad, entera convención o entera naturaleza o esencia [...] debe desarrollarse una visión humanista, integradora y profunda” (pg. 22). Y esto es especialmente significativo porque lo antropológico “guarda una estrechísima conexión con la moral o ética, que deriva de ella y, en general, con la formación moral y en valores, en las que influye de un modo muy especial” (pg. 21).

Todos estos postulados nos hacen preguntarnos por el puesto del hombre en el mundo cuando el nuevo ecosistema tecnológico -la Inteligencia Artificial, el Machine Learning, el Big Data o la Robótica- empieza a lograr sus objetivos con el manejo de datos y su procesamiento, desempeñando un papel cada vez más importante en la vida cotidiana. Y esta pregunta debe realizarse desde una necesaria *Antropología filosófica* que pueda dotar de sentido los objetivos meramente inmanentes de la nueva tecnología: “La respuesta que otorgamos a la pregunta acerca

del ser humano condiciona toda nuestra forma de entender el papel o el lugar de éste, con respecto al conjunto de la realidad. Al preguntar y responder qué es lo humano, proponemos implícitamente la pregunta y respuesta sobre el puesto que nos corresponde, en cuanto tales, en el cosmos. [...] Con nuestra respuesta, siempre inacabada, vendrá inevitablemente una peculiar forma de comprender lo real y su sentido” (pg. 24).

Ese sentido nos afecta tanto de forma individual, como personas, como de forma relacional, como personas que forman parte de organizaciones. Hoy las empresas se preguntan por el sentido de sus negocios, el alcance de su visión y un propósito que establezca un orden de prioridades que permita la sostenibilidad de la organización en el tiempo. Hoy las organizaciones “se han vuelto más participativas, comunicativas y humanistas” (pg. 150) lo que nos obliga a considerar modelos complejos o formas de comprensión multidimensional donde la dimensión económica-tecnológica, a la que no podemos renunciar, sea tan relevante como la dimensión humana, donde participa el sentido, la vocación y la personalización del trabajo. Pero no podemos avanzar, no podemos salir ni tan siquiera del punto de partida si no tenemos una concepción clara de lo humano, una realidad “que no es simplemente material -sin interioridad ni libertad- que nos llevaría a relacionarnos con él en un sentido únicamente materialista y económico [...] ni comprenderlo como una máquina o artificio mecánico, como algo completamente previsible obediente a nuestras instrucciones -y añadido, algoritmos, programaciones y otros automatismos digitales- sin iniciativa ni creatividad propias, reduciéndolo a simple funcionamiento donde prima la eficacia, como cualquier mecanismo (pg. 156). Lo humano, entendido como un funcionamiento, parece aumentar su potencia y perfección, pero, paradójicamente, parece llevarnos a un mundo menos humano abierto a muchos peligros.

JOAQUÍN FERNÁNDEZ MATEO